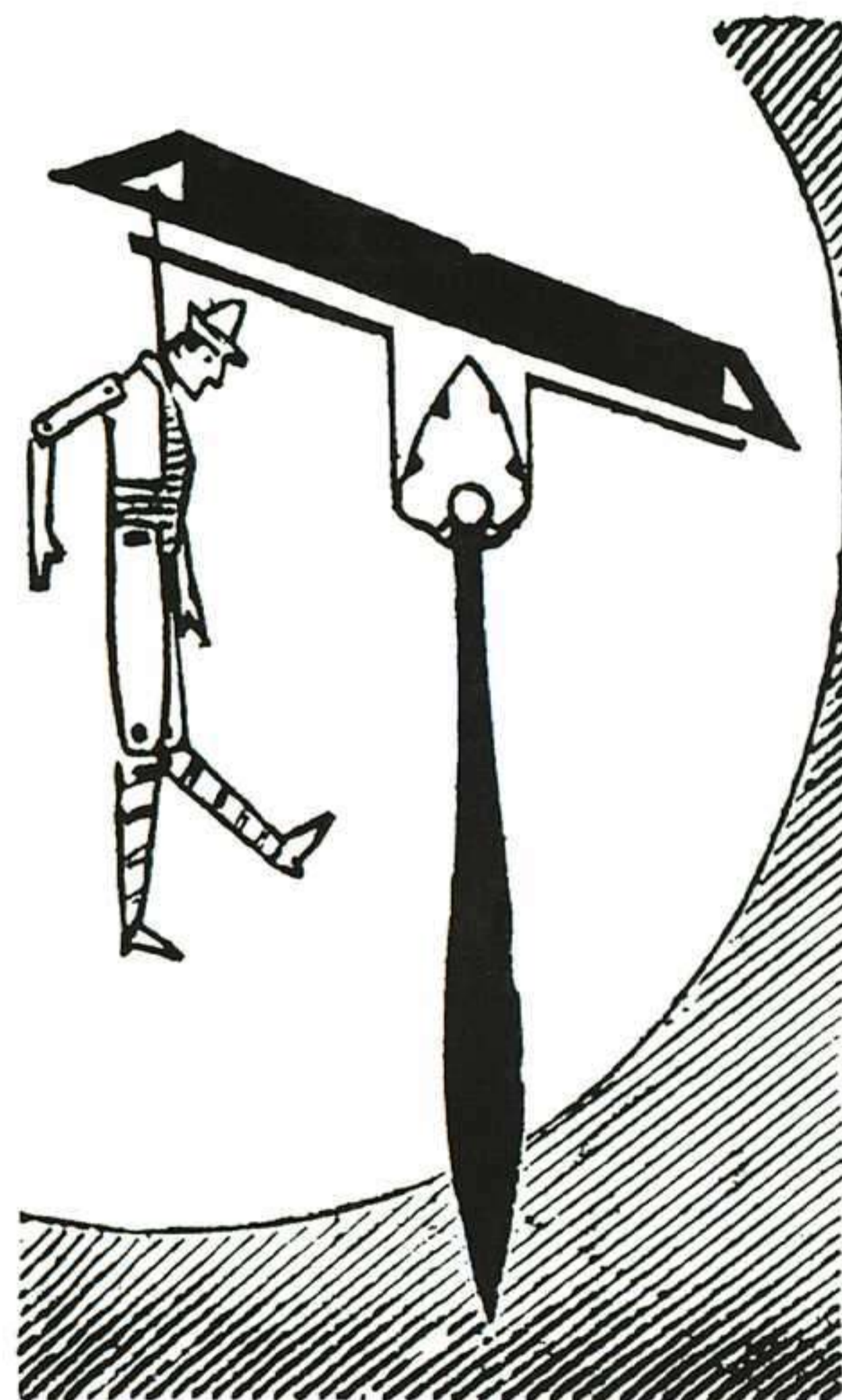
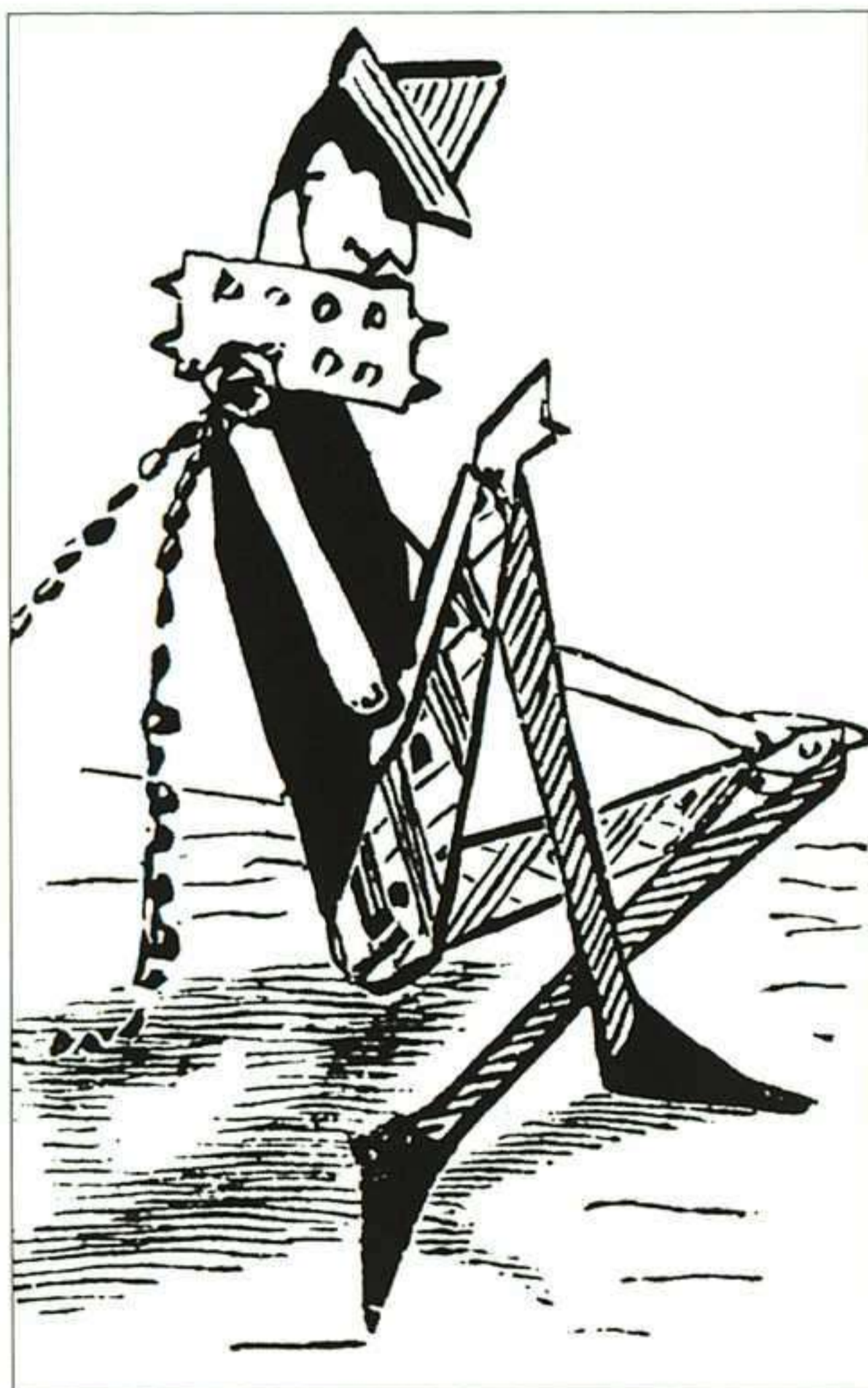


CARLO COLLODI

La historia de un muñeco

Emilio Pascual*



Ugo Fleres, colaborador habitual del Giornale per i Bambini, fue el encargado de ilustrar la continuación de la serie La historia de un muñeco, bautizada a partir de 1882, como Las aventuras de Pinocho.

Una serie de casualidades llevaron a Carlo Collodi, entonces afamado periodista político, a escribir las aventuras de un muñeco de madera que, con el tiempo, se convertiría en un clásico de la LIJ. De este cúmulo de coincidencias, de la génesis de la novela y de sus cualidades trata el siguiente artículo, ilustrado con «pinochos» creados por ilustradores italianos del XIX y principios de XX.

Muchas obras maestras de la literatura han tenido una extraña historia. Parece como si hubieran nacido a su pesar, como si el autor las hubiera parido para librarse de un peso insoportable o de algún amigo importuno. *Pinocho* nació de una rara conjunción de circunstancias que no son fácilmente repetibles. Fue preciso que a alguien se le ocurriera la idea de fundar un periódico para niños; que Collodi fuera uno de los periodistas mejores y más solicitados del momento, aparte de amigo de Ferdinando Martini, fundador y primer director del periódico; que éste y el administrador Guido Biagi, también amigo de Collodi, solici-

garan su colaboración; que Collodi hubiese escrito ocho o nueve meses antes el primer capítulo de la *Historia de un muñeco*, que a Biagi le gustó mucho; que se la pagaran bien, y que Collodi anduviera con frecuencia mal de cuartos, y, en fin, que Biagi le diera continuamente la tabarra para que prosiguiera aquella historia que tanto le costaba a su autor continuar.

El testimonio de Biagi es en este sentido esclarecedor: «Logré vencer la pereza de Collodi a fuerza de amistosos pinchazos, y finalmente un buen día, cuando estaba preparando el primer número del periódico, vi llegar un mononcito de cuartillas que se titulaban *La*

historia de un muñeco, con una carta que decía: “Ahí te mando esa chiquillada; haz con ella lo que te parezca; pero, si la publicas, págamela bien, para que me entren las ganas de proseguirla”». Biagi la publicó y se la pagó bien. Pero Collodi remoloneaba hasta la exasperación, y Biagi se veía obligado a escribir carta tras carta, porque, una vez puesto en marcha *Pinocho*, los pequeños lectores se desesperaban en cuanto aparecía un número sin las aventuras del muñeco de madera, y llovían cartas a la dirección del periódico solicitando su vuelta. No exagera, pues, Pancrazi cuando escribe: «No hay en toda la literatura italiana otro libro que tenga tanta fama de haber nacido tan espontáneo, suelto, de un tirón, en estado de gracia, como *Pinocho*, y que sin embargo haya avanzado (durante dos años) con tanta dificultad, a trancas y barrancas, y con tan inicua dejadez». Esta «pereza» de Collodi a la hora de redactar la historia de *Pinocho* se ha reflejado en su estructura.

Un parto difícil

Como supongo que a estas alturas el improbable lector que no conozca a *Pinocho* ya lo habrá leído, paso por alto la simpática historia del muñeco, para ceñirme a la historia de su estructura. La actual división del libro en 36 capítulos es producto más de las circunstancias de su publicación que de la voluntad de Collodi. Para empezar, el *Pinocho* primitivo —que, como sabemos, se titulaba *Historia de un muñeco*— acababa en el actual capítulo XV. *Pinocho* moría ahorcado en la Encina grande, lógico y ejemplar final de sus continuas travesuras. Los lectores protestaron, como protestarían cuando Conan Doyle matara a Sherlock Holmes. Collodi se vio obligado a reemprender su odiosa tarea. Todos sabemos lo dura que tiene la piel un muñeco, sobre todo si es de madera. Collodi aprovechó ese dato para descolgar a *Pinocho* antes de que exhalara su postrer suspiro, y ahí lo tenemos otra vez, muñeco andante en sus nuevas aventuras, que ahora sí se titularán *Las aventuras de Pinocho*.

Cuando todo el material se edita junto





PIERO BERNARDINI, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



LUIGI Y MARIA AUGUSTA CAVALIERI, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



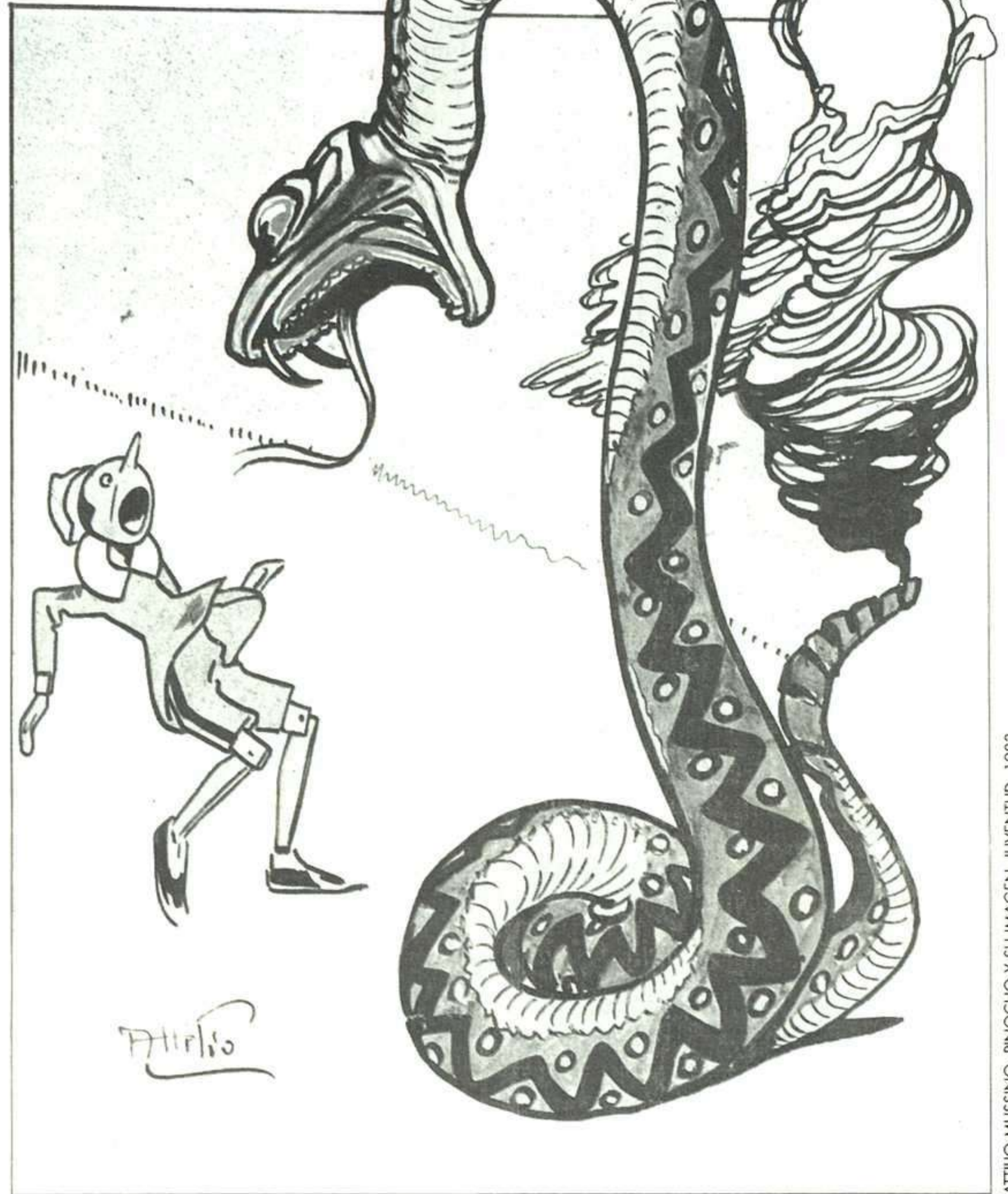
SERGIO RIZZATO, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



SERGIO TOFANO., PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



ANTONIO RUBINO, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



ATTILIO MUSSINO, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



FIORENZO FAORZI, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.



CORRADO SARRÌ, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.

en forma de libro, será éste el título que prevalezca. Collodi hará breves modificaciones para soldar las partes y que todo tenga apariencia de unidad, de conjunto, y *Pinocho* empezará su triunfal carrera por las librerías del mundo.

Tampoco la actual división en capítulos es obra de Collodi, aunque al final no quisiera modificarla. De la correspondencia entre Biagi y Collodi y la desigual periodicidad de aparición de los sucesivos capítulos se deduce que el autor iba enviando bloques más amplios de texto, que Biagi distribuía según su criterio y las necesidades del periódico. Una lectura atenta de los primeros capítulos, y sobre todo el final del III («lo que pasó después... os lo contaré otra vez», que Collodi corrigió por «en los capítulos siguientes» para el libro) invita a pensar que fueron concebidos por Collodi como un solo largo capítulo. En efecto, a punto de publicar el principio del *Pinocho*, Biagi escribe a Collodi: «En el número 1 meteré sólo un trozo por falta de espacio y para que tengas tiempo de continuarlo». (En realidad, quizá fuera esta última la verdadera razón de Biagi, y la primera parte sólo un eufemismo). Ese «trozo» corresponde a los dos primeros capítulos, y reservó el III para publicarlo en el número siguiente, como así hizo. Sin duda Biagi, conociendo la proverbial «pereza» de Collodi, quiso hacer cundir el material que tenía para no quedarse sin nada. Con todo, hasta el número 5 no tuvo la continuación de *Pinocho*.

No es éste el lugar de hacer una minuciosa vivisección del texto, ni de destripar el *Giornale per i Bambini*, pero las intermitencias en su publicación y las suturas que se advierten en el texto autorizan a pensar que en la mente de Collodi la materia de la primera parte del *Pinocho* se dividía en cinco grandes capítulos, que Biagi multiplicó por tres al seccionar cada uno de ellos en tres partes de extensión muy parecida. Conociendo la técnica de suspensión típica de la novela por entregas, es fácil rastrear la frase que sirve de «cierre» en los capítulos III, VI, IX y XII, es decir, donde Collodi ponía fin al capítulo. Mientras que el resto de los capítulos no están separados del siguiente más de lo que pudieran estarlo por un punto y aparte.

Muerte y resurrección

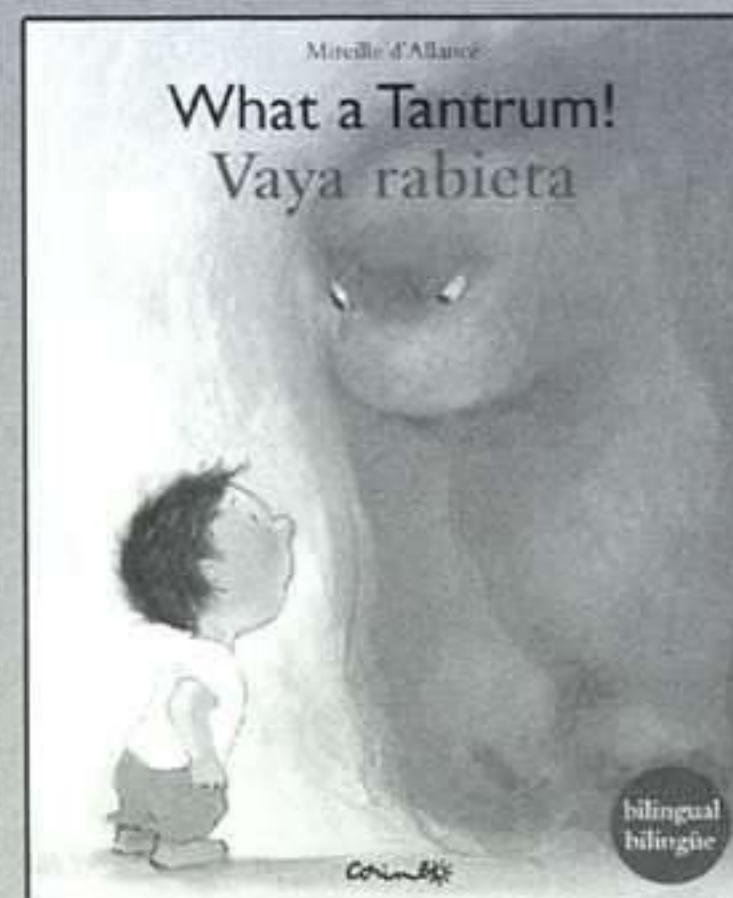
El 27 de octubre de 1881 moría Pinocho ahorcado en una encina. No es difícil imaginar la consternación de los jóvenes lectores. El 10 de noviembre, con gran alivio por su parte, pudieron leer la siguiente nota de Martini: «Una buena noticia. El señor C. Collodi me comunica que su amigo Pinocho sigue vivo, y que aún podrá contarnos estupendas hazañas de su parte. Era natural: un muñeco, un objeto de madera como Pinocho, tiene los huesos duros, y no es tan fácil como parece mandarlo al otro mundo. Así que nuestros lectores están avisados: muy pronto comenzará la segunda parte de la *Historia de un muñeco*, titulada *Las aventuras de Pinocho*». El «muy pronto» fueron más de tres meses.

También esta segunda parte se vio sometida a interrupciones. Entre los capítulos V y VI (XXIII-XXIV de la numeración actual) pasó más de un mes; entre el X y el XI (XXIX-XXX) casi seis, y entre el XV y el XVI (XXXIV-XXXV), tres semanas. En cambio, la extensión de los capítulos no sufrió tantas modificaciones. Los 16 capítulos collodiosos fueron respetados en el *Giornale* (excepto uno, probablemente el XI, que Biagi había seccionado en dos, por lo cual el *Giornale* dio 17 capítulos), y se convirtieron en 21 en el libro: el IV fue dividido en dos (los actuales XIX y XX), el V en tres (XXI-XXIII) y el VII en dos (XXV-XXVI), resultando así los 36 de que consta el libro entero.

Para la edición en libro, Collodi introdujo algunas variantes —pocas y superficiales a decir verdad, lo que demuestra la poca importancia que concedía a aquella historia que él había denominado «chiquillada»—, puso título a cada capítulo, aunque con la prisa y el descuido acostumbrados, como se aprecia en algunos de ellos. Así, en el capítulo VII Geppeto «rehace los pies a Pinocho», título que repitió en el VIII, aunque fue corregido en ediciones posteriores; en el XXXI, Pinocho se «convierte en un borriquillo con rabo y todo», pero la verdad es que eso no ocurre hasta el principio del capítulo siguiente. Otros descuidos dan fe del tiempo transcurrido entre capítulo y capítulo o de la falta de coherencia al introducir variantes para el

Corimbo

Mirreille d'Allamcé ISBN: 84-8470-115-8



¡Vaya rabieta!

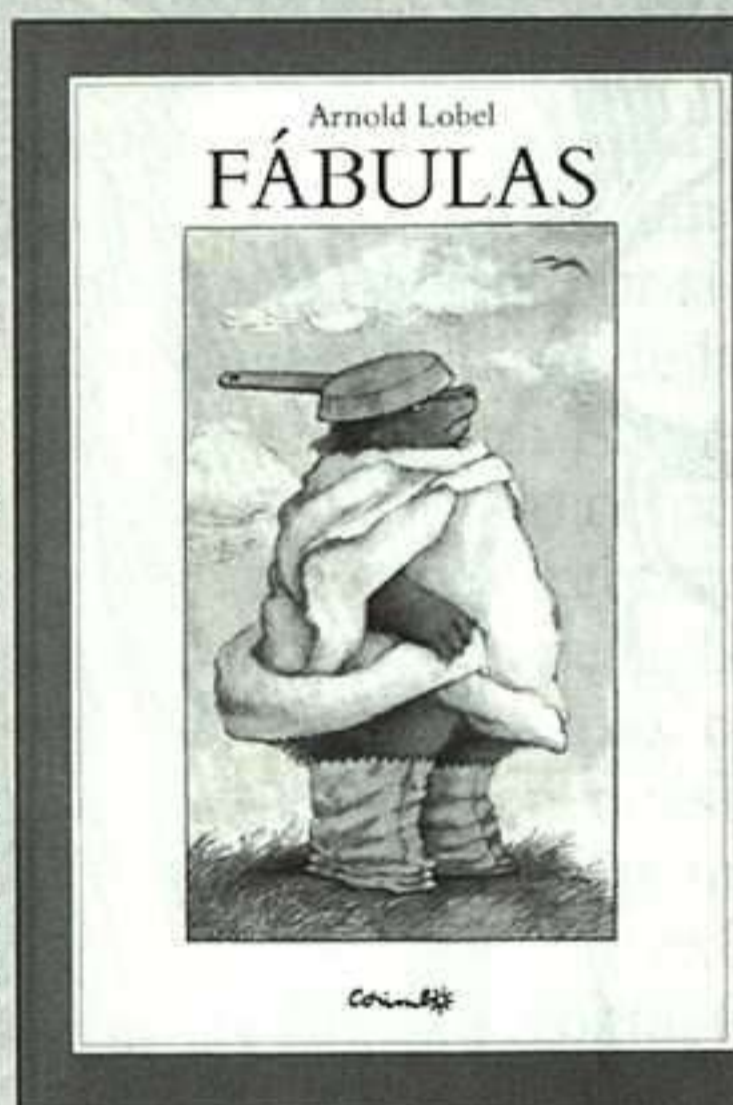
Nueva colección bilingüe
español-inglés

Mirreille d'Allamcé ISBN: 84-8470-114-X



¡No, no y no!

Arnold Lobel ISBN: 84-8470-138-7



Fábulas

Editorial Corimbo, S.L.

Rda. Gral. Mitre, 95

08022 Barcelona



Teléfono/Fax: 93 373 34 84

e-mail: corimbo@corimbo.es

www.corimbo.es

Visítanos en Internet:

libro. En todo caso, *peccata minuta*, que no impidieron que el libro tuviera un éxito que Collodi estaba muy lejos de imaginar.

Una «chiquillada» convertida en obra maestra

Cuando un texto tiene la «desgracia» de ser declarado obra maestra, dentro del campo que sea, está expuesto a todos los saqueos, expolios y bombardeos imaginables, que es tanto como decir a

las más peregrinas interpretaciones. *Pinocho* no ha sido una excepción. La historia del muñeco travieso y juguetón, de gran corazón, pero débil y proclive a olvidarse fácilmente de los buenos propósitos, una vez en manos de los exégetas ha dado tela para cortar ensayos de todos los colores y medidas.

Pietro Pancrazi —a quien un crítico ha llamado «padre espiritual» de Pinocho— no dejaba de releer la obra cada año, como Savater *La isla del tesoro* o Gabriel Betteredge el *Robinson*, y confesó que cada vez encontraba «enseñan-

zas nuevas..., una moral distinta, un significado nuevo, conveniente». Él puso de relieve la dimensión política del *Pinocho* con aquellas conocidas palabras: «No os riáis; detrás de *Pinocho* vuelvo a ver la pequeña Italia honesta del rey Humberto.» La verdad es que en los años 80, época de la expansión italiana allende sus fronteras, Italia no era tan «pequeña», ni mucho menos «honest», pero eso dio pie para que nuevos comentaristas encontraran «nuevos significados». Pietro Mignosi vio en él una crítica contra los sistemas pedagógicos trasnochados que no se fundamentaran en la libertad: «*Pinocho* —escribía con cierta grandilocuencia— no es sólo un símbolo, es un problema resuelto [...]. Representa en la literatura infantil lo que la *Crítica de la razón práctica* representa en la literatura filosófica: la conquista de la autonomía y de la libertad». Un poco demasiado parece traer a Kant a colación, pero quién sabe.

Partiendo de aquí, construye Armando Michieli una «pedagogía de Pinocho», y encuentra en su bondad natural y en el amor a sus padres los dos pilares para construir la «vida moral de Pinocho». Lástima, dice, que Collodi no fuera religioso: «A su obra le falta lo que hubiera podido hacerla idealmente perfecta y completa: el elemento divino, la resolución de la lucha en Dios». Nadie lo diría, porque diez años después, Bargellini le dio una interpretación teológica y fue capaz de construir una especie de historia de la salvación con la historia de Pinocho. Bargellini maneja sin pestañear términos como «regreso al Padre», «libre albedrío», «gracia», «redención», «intercesión», «tentación», «perdición», hasta concluir: «Unos se salvan y otros se condenan. Éste es el verdadero final del libro».

Impresionante. Las interpretaciones e intérpretes podrían multiplicarse hasta el infinito. Conozco a alguien que se licenció en Psicología con una tesina sobre *Pinocho*. Teniendo en cuenta que Pinocho fue asno durante algún tiempo, no veo por qué no construir nuevas teorías sobre la metempsicosis o la veterinaria. Y no hay para sorprenderse. Quien tenga la curiosidad de abrir por el capítulo III del libro II la *Poética* de nuestro Ignacio de Luzán, encontrará esta sabrosa



GIOVANNI MANCA, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.

información: «La geografía de Homero es exactísima. Mas, ¿qué digo la geografía? Es opinión común que este gran poeta sembró en sus poemas las semillas de todas las ciencias y artes que fueron después creciendo. Así lo afirma, entre otros muchos, Francisco Porto Cretense en su prefación a la *Iliada...*», etc. El subrayado es mío, claro. Quiero decir que si Homero supo hablar de todo lo habido y por haber, Collodi, con su ingenio toscano, bien podía hablar siquiera de teología. Pero tal vez Paul Hazard me respondiera, y no sin razón, que

«sin duda, Pinocho se sorprendería mucho de saber que quieren colgarle tan graves responsabilidades». Vuelvo al principio: el declarar «maestra» a una obra lleva anejo el peligro de que caiga en manos de intérpretes y que, como en el caso de la fábula de Iriarte, «al cabo todos eran inventores, y los últimos huevos los mejores».

¿Un libro moralizante?

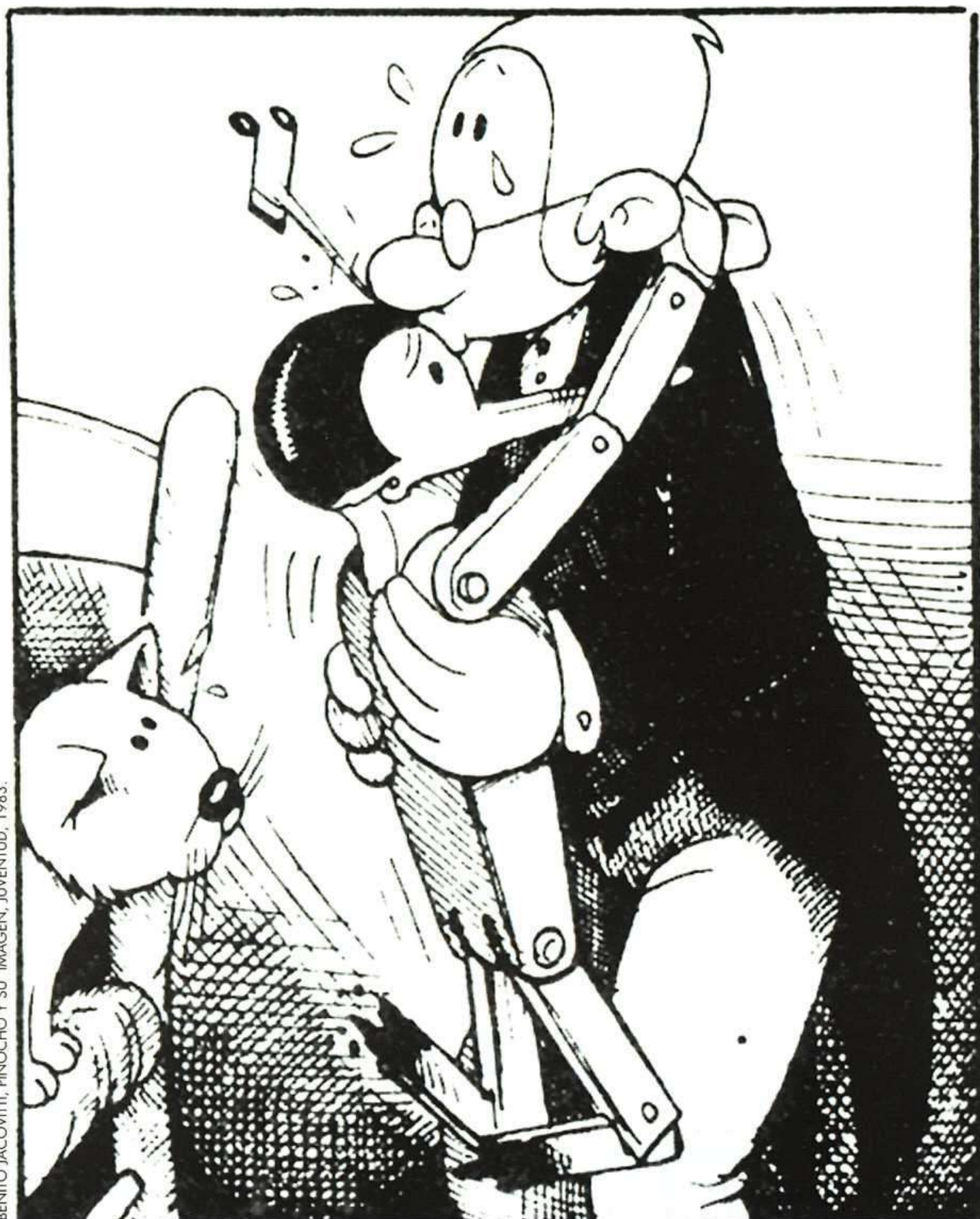
Y es que no hace falta salirse por pe-

teneras para conceder al *Pinocho* el puesto de valor que merecidamente ha conseguido. Quizá tuviera razón Benedetto Croce, cuando juzgaba que «la madera de que está tallado Pinocho es la humanidad» y que «*Pinocho* es la fábula de la vida humana; del bien y del mal, de los errores y de los arrepentimientos, del ceder a las tentaciones, a la comodidad, a los caprichos, y del resistir y replegarse y volver a levantarse, del atolondramiento y de la prudencia, de los impulsos egoístas y de los altruistas y generosos». Sin duda, eso es verdad, pues, con abstraer un poco el comportamiento de Pinocho, sus andanzas de muñeco fácilmente se convierten en las andanzas de otro muñeco, tan desvalido como peligroso: el hombre.

Pero ni siquiera esto necesita la novela. Es tan fresca, tan jugosa, tan divertida, que su lectura se avala por sí misma. La variedad y multiplicidad de las situaciones límite (piénsese en Pinocho convertido en burro, haciendo de perro, encarcelado por inocente, o rebozado para ser frito como un exótico pez), la ironía, el absurdo, las alusiones más o menos veladas, la comicidad, en ocasiones el cinismo, hacen del *Pinocho* una obra maestra sin necesidad de que exhale por sus poros ráfagas de pedagogía, filosofía o teología.

Y llegados aquí conviene hacer una distinción. Una de las cosas que más se le han reprochado al *Pinocho* es su moralismo descarado. Lo cual es estadísticamente irrefutable. En efecto: si sale a relucir la mentira, se apresura a especificar: «El vicio más feo que pueda tener un chico» (XVIII); si se trata de una buena acción, a renglón seguido añade: «En este mundo, quien siembra buenas obras cogerá fruto de sobra» (XXVIII) o «en este mundo nos tenemos que ayudar unos a otros»; si alude al trabajo, advierte que «el ocio es una enfermedad muy mala, y hay que curarla rápidamente, desde niños; si no, de mayores, ya no se cura» (XXV); si el tema es la desobediencia: «Los chicos, si son desobedientes, pierden siempre y no les sale una a derechas»...

Ahora bien, ¿cómo compaginar tanto aforismo con otra página, también irrefutable, de Ornella Castellani? Dice la Castellani: «Escribe para los niños, pero

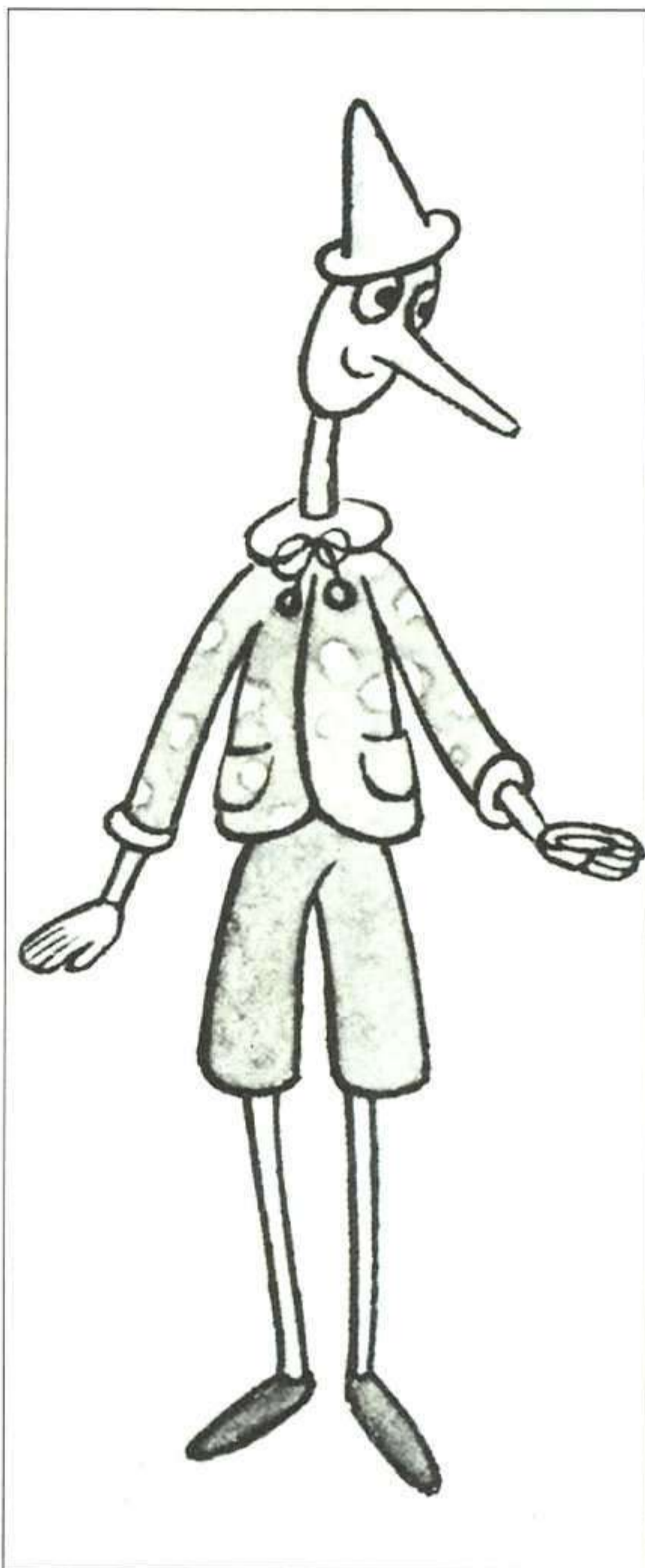


BENITO JACOVITTI, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.

no hace más que guiñar a los mayores, y en primer lugar a sí mismo [...]. Estamos esperando de él —dados los destinatarios y el lugar donde se publica el relato— una historia edificante, en todo momento en regla con los buenos principios, y no duda en dar la vuelta continuamente a la moral: los pícaros triunfan, los cándidos son maltratados, el que dice cosas justas y sensatas es literalmente aplastado, los adultos son a menudo indignos y feroces, los animales en general tienen más corazón que los hombres, y entre líneas se burla de la escuela y de la cultura».

He aquí el conflicto: Collodi sabe que escribe —o, al menos, que debe escribir— para niños, y se ve obligado a incrustar continuamente en esa trama in-moral «cuñas» morales que justifiquen su trabajo. Esto se aprecia sobre todo en la segunda parte y más aún hacia el fin de la historia, cuando ya tiene previsto el final feliz y redentor de cara a publicarlo en libro. Por lo demás, tampoco es cierto que el libro sea moralizante: sería más exacto decir que aquí y allá tiene pegadas —un poco artificialmente— «recetas» de moral práctica, como ya advirtió Paul Hazard: «Si debiéramos resumir los preceptos del libro, llegaríamos poco más o menos a este esquema: existe una justicia inmanente, que premia el bien y castiga el mal, y hay que preferir el bien, pues resulta más ventajoso.» Un lector que tuviera el arte de saber saltarse a tiempo las consabidas recetas de moral casera tendría esa «narración amoral» que pretende Sánchez Ferlosio. Cosa imposible de hacer cuando la «moralina» ha impregnado de tal modo la historia, que forma parte de ella, como sucede con los libros irremisiblemente moralizantes. Ahora bien, si en *Pinocho* es posible hacer abstracción de tales enunciados, quiere decir que Collodi los puso como colgados de una percha. ¿No estará invitándonos a pensar, precisamente por lo descarado de las jaculatorias, que están puestas para guardar las formas? No otra cosa hizo Cervantes, cuando insistía tan machaconamente en que sólo había escrito el *Quijote* para «derribar la disparatada máquina de los libros de caballerías».

Dejemos, pues, a *Pinocho* en lo que esencialmente es: la historia de la pro-



BENITO JACOVITTI, PINOCHO Y SU IMAGEN, JUVENTUD, 1983.

gresiva maduración de un muñeco (¿un muchacho?), débil como todo muñeco (¿como todo niño?, ¿como todo hombre?), fundamentalmente bueno, noble y generoso (¿como el buen salvaje rousseauniano?), aunque, eso sí (¿como san Pablo?), no hace «el bien que quiere, sino el mal que no quiere» (Rom 7, 19), acaso porque está hecho de madera (¿de barro?). Quizá el resumen más sencillo y eficaz sea el de Nicola Rilli: «*Pinocho* representa un análisis profundo de la vida en general del hombre común, que vive su vida común, a veces de grandes valores, y a veces incolora y chata. Lo que importa hacer notar es la realidad con que Carlo trata el tema humano, en-

cerrado en la historia de ese muñeco que nos entusiasma y nos conmueve». Tal vez por eso este pequeño héroe de madera, tan humano, tan de carne y hueso él, cautiva a todos los lectores con esa sencillez de las cosas bien hechas.

Estilo

Por último, ¿qué decir del estilo literario del *Pinocho*? Ya hemos visto cómo lo escribió Collodi: a trompicones, con prisas, sin mucha convicción. Si lo literario estuviera sólo en lo que tradicionalmente se ha llamado la «forma», en una hábil disposición de palabras e ideas, en la selección del vocablo, en la orfebrería de la frase, el *Pinocho* sería ciertamente una obra poco relevante. Pero la literatura es también —y quizá sobre todo— otra cosa: la felicidad de la invención, el poder de evocar, la capacidad de imaginar y fabular. Y en esto sí da el *Pinocho* ciento y raya a muchas obras de la gran literatura.

¿Cómo olvidar a aquellos cuatro conejos, negros como la tinta, que llevaban al hombro un ataúd? (XVII) ¿O a aquel pescador que, en vez de pelo, «tenía en la cabeza una mata muy espesa de hierba verde»? (XXVIII) ¿O a aquel caracol que bajaba con una lamparilla encendida en la cabeza las escaleras interminables de una casa de tres pisos? (XXIX) ¿O al llamador que de pronto se convierte en una anguila que se te escurre de las manos? (XXIX) La plasticidad y belleza de éstas y otras imágenes parecidas, tan abundantes en todo el libro, bastan para justificar con creces una obra literaria. Es cierto que Collodi no se preocupó mucho de redondear las frases, de evitar repeticiones, de caer frecuentemente en la muletilla; pero la acción es tan rápida y los diálogos tan sabrosos, los personajes tan pintorescos e inesperados, que ha de estar muy atento el lector para percibir los pretendidos defectos apuntados. Y quizá no hay mejor elogio para una obra literaria que ese de conquistar al lector de tal manera que no le permite detenerse en pequeñeces. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor. Este artículo se publicó como Apéndice en la edición de *Las aventuras de Pinocho*, Anaya, 1983.